



NOBLES, DOCTORES Y ALDEANOS

Probaremos antes qué tal cavan los duques y los sabios la tierra y muelen los príncipes la harina de nuestro pan.

*

Para celebrar la entrada de un nuevo siglo quiso el rey dar una gran fiesta. Mandó contratar músicos que tocasen escogidos bailarines, adornar espléndidamente los salones de su palacio y preparar en un amplio comedor un opíparo festín compuesto de los más ricos manjares.

—Quiero —dijo a sus criados— que disfruten de la fiesta los más posible. Permitid, pues, la entrada en mi palacio no sólo a mis nobles, sino también a todos los doctores, sabios y demás hombres útiles de mi reino.

Vestidos con sus mejores prendas acudieron los hombres más ilustres de la nación, acompañados de sus esposas: príncipes, duques, marqueses y barones, licenciados en todas las ciencias, catedráticos de todas las facultades y altos empleados de todas las oficinas.

¡Deslumbrante fiesta! La luz de mil lámparas centelleaba en los brillantes y topacios que lucían en el peinado muchas hermosas mujeres, y arrancaba de sedas y brocados destellos de múltiples colores. Llenaban el aire delicadas armonías.

*

Un pastor, un labrador y un molinero pasaban cerca del palacio, y al oír la música decidieron tomar parte en la fiesta.

Iban con sus mejores trajes porque era domingo; pero, a pesar de ello, cuando estaban ya a las puertas del gran salón, detuviéronles los criados.

—No podemos dejaros pasar— les dijeron.

—Pues ¿quiénes son los que hay dentro?—preguntaron los aldeanos.

—Son nobles y hombres de ciencia y, además, de reconocida utilidad en el reino.

—¿Quién nos ganará a útiles?—contestaron los tres compañeros.

—Pues no entraréis.

—Pues entraremos.

Y tal fue el alboroto que armaron, que el rey quiso enterarse personalmente de lo que ocurría; y, cuando fueron los aldeanos llevados a su presencia, les dijo:

—¿Cómo os atrevéis a querer tomar parte en esta fiesta con esos trajes?

—Señor, no tenemos otros. Pero ¿dejaríamos de ser lo que somos si nos vistiéramos de otra manera?—repuso el molinero, que era el más atrevido.

—¿Pretenderéis ser iguales a las gentes que tengo aquí reunidas?—gritó el rey.

—¿Por qué nó?—replicó el labrador.

—Parecéis atrevidos. No habrá entre tantos —exclamó el rey dirigiéndose a sus invitados— quien convenza a estos simples que este no es su puesto?

—Un príncipe se adelantó y dijo a los aldeanos.

—Somos nobles.

—Y ¿por qué lo sois?—preguntó el pastor.

—Porque nacimos tales. Nuestra nobleza es el premio otorgado por los reyes a los servicios o las heroicidades de alguno de nuestros antepasados.

—Más servicios que nuestros abuelos no prestarían los vuestros —dijo el labrador,— todos fueron labradores.—Y, en cuanto a heroicidades, todos fueron soldados y a ninguno se fusiló por cobarde; vivieron muchos años, y todos trabajaron por lo menos más de medio siglo sin otro premio que el pan de cada día.

Disgustó al príncipe la respuesta del aldeano, y dejó su puesto a un

ilustrado doctor, que comenzó diciendo:

Nosce te ipsum. Conócete a ti mismo. Somos doctores.

—Y ¿por qué sois doctores?—dijo el pastor.

Labor improbus omnia vincit. El esfuerzo del trabajo todo lo vence. Hemos estudiado mucho. Nuestros padres gastaron un capital en instruirnos.

—Señal de que lo tenían —replicó el molinero—. Los nuestros no pudieron enseñarnos ni a leer. Sois doctores por suerte, como nosotros aldeanos.

—*Non omnia possumus omnes.* No todos podemos todas las cosas. Hay una ley que se llama de división del trabajo.

—Que consiste en que yo siempre y tú te comas lo que salga. ¿Quién te ha pedido que seas doctor? Tú has podido escoger y nosotros no: hé aquí todo —contestó vivamente el molinero.

—*Stultorum numerus est infinitus.* El número de tontos es infinito—dijo amoscado el sabio.

—Pues es extraño —replicó el labrador— habiendo tantos notables como tú. ¿Para qué servís si no es para desentonces? Hacéis los ignorantes y luego los rechazáis de vuestro lado porque lo son.

—*Tarde venientibus ossa.* Los que llegan tarde no encuentran más que los huesos —gritó el doctor volviendo la espalda a los aldeanos.

Y echaron a los tres compañeros del baile sin más razones.

*

—*Ora pro nobis:* yo no sé latín —exclamó saliendo el molinero—; pero recuerdo que el cura ha dicho alguna vez, *memento quia pulvis es...* que viene a querer decir que somos polvo. Polvo son como nosotros los que de ahí nos han echado.